

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

Había una vez, una liebre de patas largas y orgullosas. Siempre se reía de la pequeña y lenta tortuga.

–Yo te gano una carrera –le decía–. Tú eres muy lenta.

–No te lo creas –respondía la tortuga–. Yo también puedo caminar.

–Pero caminas tan lento que nunca llegas a ninguna parte. Te apuesto que nunca me ganarías en una carrera.

–Te apuesto que sí.

Y decidieron concursar. Fijaron cierta meta y la tortuguita se puso a caminar. ¿Correr? ¡Ni pensarlo! La liebre decidió dormir un rato, ya que en unos dos o tres saltos ella llegaría a la meta.

Se echó sobre el pasto y se puso a roncar.

La tortuguita la miró sorprendida; pero decidió seguir caminando.

El sol brillaba en pleno cielo, el viento tomaba su siesta, y los pajaritos volaban de aquí para allá buscando comida.

Pasaron las horas. Poco a poco, el sol se fue ocultando tras las montañas, mientras la tortuga seguía su camino hacia la meta. Ya no le faltaba mucho para llegar.

–Voy a ganar, voy a ganar –repetía por cada paso que daba.

La liebre seguía durmiendo. Ella pensaba que podía darse ese lujo, pero... ¡esa siesta le hizo perder la apuesta y la carrera!

Cuando el sol se iba ocultando y el viento se había despertado, el frío de la tarde empezó a envolver a la liebre en sus brazos. Se despertó de mala gana.

Estiró los brazos y se limpió los ojos.

–Ay, tanto que he dormido. Ya va ser de noche.

Entonces recordó la carrera y la apuesta que le había hecho a la tortuga. En un dos por tres se levantó y corrió hacia la meta.

Para gran sorpresa de la liebre, la tortuga ya había llegado. ¡Le había ganado la apuesta y la carrera!

Avergonzada, la liebre bajó la cabeza. No lo podía creer. ¡Se había dejado ganar por una lenta tortuga!









